

## **El pensar imaginativo. Generación de experiencias de creatividad reflexiva<sup>1</sup>. Olga Grau<sup>2</sup>**

Si indagamos en las vías posibles para filosofar con niñas y niños, ello requiere necesariamente pensar en los procesos, los actos, las dimensiones y las condiciones que se ponen en juego en ese quehacer. Haré entonces algunos acercamientos, entre muchos otros que se podrían realizar, que permitan reflexionar, en primer término, sobre la relación entre quienes somos adultos e interactuamos con niños y niñas a través de la filosofía; en segundo término, abordaré las relaciones entre percepciones, imágenes y conceptos que nos lleven a la comprensión de un modo de pensar que podríamos llamar pensamiento imaginativo o imaginación pensante. Posteriormente, con relación a esto último, haré referencia a algunos modos concretos que han sido ensayados con niños y niñas, ligados a experiencias de creatividad reflexiva.

### **Primer acercamiento: la alteridad**

En un primer acercamiento, me gustaría referirme al problema de la alteridad que supone, inicialmente, reconocer el carácter del encuentro con alguien que es distinto o distinta a nosotros mismos con quien estamos en un espacio común, el de la clase o taller. Estar frente a un otro o una otra en una diferencia que nos revela antes que nada distinciones etarias en el sentido de tiempos biográficos recorridos de diferente extensión, con otras calidades y espesores de experiencia y de convivencia, que influyen decisivamente en la conformación de imaginarios disímiles.

Pensemos entonces esa condición de alteridad que hay en esa relación que establecemos con los niños y las niñas, que por lo demás es la condición de toda relación con otro: siempre habrá algo irreductible en esa diferencia, algo que se resiste a sernos dado y que escapa a nuestra asimilación. Sin embargo, algo de ello se deja ver, se cuele, tiene efectos en la superficie del encuentro que permite la experiencia común.

Quisiera aludir en este punto a las elaboraciones que desarrolló el filósofo Mijail Bajtín respecto de la relación del yo y el otro, el que no soy yo, en torno a los conceptos de exotopía y empatía que, en una suerte de dialéctica, nos habilitan para pensar de modo adecuado esa relación. Para Bajtín los horizontes concretos, realmente vividos, entre nosotros y la persona que está afuera y frente a nosotros no coinciden. Cada sujeto, en esa relación intersubjetiva, tiene un excedente de visión respecto del otro, que está condicionado por el “carácter singular e irremplazable” del lugar, momento y circunstancias que cada cual tiene en el mundo. Yo veo el rostro del otro que él no ve, sus expresiones, el mundo que está detrás de él, sus interrelaciones con los objetos de su entorno; el otro ve lo que yo no veo de mí misma. A esa condición del encontrarse las personas fuera de mí, Bajtín le llama exotopía, exotopía concreta también de mi persona frente a todos los demás. El modo de saber del otro, de sus sentimientos, de su padecer, de su concepción singular y emotiva de las cosas, requiere de la empatía que permite el adentrarse en el otro y experimentar la postura

---

<sup>1</sup> Este texto hace parte de una ponencia presentada con anterioridad en agosto de 2006, en las Jornadas Internacionales de Filosofía organizadas por Noveduc, Buenos Aires. Algunos de estos planteamientos fueron compartidos en nuestro Seminario, en el Taller Filosofía e Infancia.

<sup>2</sup> Profesora del Departamento de Filosofía, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile; Directora del Centro de Estudios de Género y Cultura en América Latina, de la misma Facultad.

vital de aquél, internalizar sus vivencias, pero, de manera inevitable, como las de él o ella, insalvablemente exteriores a mí.

El concepto de empatía, me había sido decisivo, previamente al conocimiento de los sentidos bajtinianos, por sí mismo y por mucho tiempo, para comprender la posibilidad de la proximidad, de la aproximación al otro. Sin embargo, en un momento me pareció problemático, en cierto sentido, en la medida que puede dar lugar a un falso supuesto: que uno puede, para comprender a otro, dejarse habitar por él o por ella de tal manera que se hiciera posible abandonar o suspender el sí mismo que el propio yo está siendo. Tal vez ello se da efectivamente en experiencias alucinógenas, alucinadas, de transfiguración, de metamorfosis orgiástica o chamánica que implican una intensidad y un carácter de la experiencia distinta a la cotidiana. A falta de ellas, el pensar imaginativo de los sueños o del pensar poético, o también el erotismo (al modo como lo desarrolla Bataille), puede acercarnos a ese tipo de experiencias de la condensación ilusoria o la fusión imaginaria con el otro que hace olvidar su irremediable irreductibilidad, como también la del sí mismo para el otro (irreductibilidad a la que se refiere Lévinas en sus reflexiones sobre la soledad de la condición humana).

Hay, entonces, una distancia insuperable, pero que permite y es tal vez condición indispensable de la proximidad posible entre dos sujetos, distancia sin la cual podría presumirse e incluso pretenderse que el otro puede ser absorbido, reducido en su diferencia. De este modo, el concepto de exotopía aludido puede resultar relevante en la reflexión sobre el encuentro con el otro. Este concepto me ha permitido seguir profundizando en la comprensión del hecho de que somos seres situados, encarnados, sexuados, generizados, insertos en contextos culturales que implican tanto la alimentación, el clima, el aire, como la sintaxis y el léxico de la lengua en que se habla. Siempre nuestro pensar y decir es desde un lugar que está atravesado por experiencias particulares, posibilidades y limitaciones, un lugar que indica que no estamos en el lugar de los otros.

Nuestra manera de trascender es en la intersubjetividad, a través de las experiencias y perspectivas que nos puedan ofrecer y comunicar los demás, que implica una importante operación de nuestra imaginación que se abre para acceder a esos otros mundos subjetivos y a sus sentidos. El ejercicio de ponerse imaginariamente en otro lugar, de situarnos en un lugar que no es el nuestro, que incluso nos puede ser muy infamiliar, es una condición para la comprensión de algo que no nos es posible desde la concreción de nosotros mismos. Sin embargo la tendencia muchas veces homogeneizadora, o indolente del pensar, nos hace olvidar las particularidades de los contextos en que se dan los procesos de constitución de subjetividad de cada cual y su realidad presente.

Un aspecto que habría que tener en cuenta es que si las coordenadas del tiempo y del espacio organizan de manera esencial nuestro sistema de percepciones, se hace necesario pensar las complejidades de la diferencia en que habitamos con relación a esas condiciones de conformación de las representaciones del mundo. El tiempo es otro para las niñas y los niños, con distintas prisas y ritmos, tiempo de un cierto derroche del tiempo, donde el ocio contemplativo se asocia fuertemente con la exploración y manipulación de las cosas. En esa diferencia en el modo de vivir la temporalidad radica, a mi juicio, en una buena medida, el desencuentro que se da muchas veces entre las diversas experiencias etarias o entre los modos de vida de unos y otros. Este desencuentro puede tomar formas agudas o, incluso grados de

violencia, sutiles o flagrantes, cuando quienes marcan o conducen las circunstancias de otros, imponen sus propios ritmos, urgencias y ansiedades.

Junto a la importancia de considerar los distintos modos de sentir y vivir el tiempo, también es necesario poner atención sobre la diferencia de los cuerpos infantiles con respecto a la de los adultos y el modo en que se relacionan con el espacio y los objetos contenidos en él, la diferencia de sus capacidades sensoriales y kinésicas de descubrimiento y aprehensión del mundo, la sensibilidad táctil, la capacidad de la mirada, cuando los ojos no faltan.

En la relación de filosofar con niñas y niños podemos preguntarnos, desde la alteridad señalada, desde esa dimensión inaccesible del otro, si como educadores seremos intermediarios, mediadores, facilitadores de las reflexiones que entre ellas y ellos puedan generar y ofrecerse unos a otros; si seremos espectadores de sus cavilaciones, o si lo que nos permite este modo de hacer filosofía es un espacio de devenir niños junto a ellos. Tal vez preguntarnos si acaso lo que hacemos en filosofía con los niños y niñas no es más bien un intento de completar, ampliando, las visiones de cada cual de las cosas, visiones limitadas en cuanto están determinadas por el lugar propio, una tentativa de abrirlas a través del diálogo y hacerlas entrar en esa relación de exterioridad que nos ofrecen los otros para retornarlas luego a nosotros mismos.

Devenir niños, dijimos, no en el sentido de recordar como adultos cuando éramos niños o niñas, o repetir o recuperar algo que ya se dio y que ya no somos, sino más bien una suerte de encuentro en las posibilidades siempre nuevas de “pensar sin barandillas”, en las palabras de Hannah Arendt. Esa expresión de Arendt junto a la de Nietzsche, “He olvidado mi paraguas” pueden darnos la atmósfera de un pensar sin mayores protecciones, que se expone a sí mismo, que se dispone a entrar en relación con aquello que desconoce, des-controlado, hiper-kinético. Estoy usando palabras que son problemáticas en el espacio del aula, pero que las recupero en el sentido del movimiento intenso y abierto de las posibilidades que abre el juego de la intersubjetividad en la conversación filosófica.

## **Segundo acercamiento: la importancia de las imágenes para el pensar**

Lo que resulta siempre conmovedor de las niñas y niños es la generosidad de la mirada, mirada abierta, de deseo de ver. Sus observaciones y preguntas revelan la riqueza de sus percepciones y nos hacen conocer la vinculación intensa con lo que acontece a su alrededor. Para un niño muy pequeño, Simón, “la luna es negra”, no porque sepa que como satélite de la tierra no tiene luz propia y refleja la luz del sol, sino, quizás, porque ve que la mayor parte del tiempo no es entera en su cuerpo luminoso, crece, decrece, hasta desaparece, y sólo en algunas noches se la puede ver llena.

Pareciera que niñas y niños tocan con los ojos; a través de ellos se vinculan con el mundo estableciendo una singular simpatía por las cosas, animales y personas en medio de los que habitan, si es que ellos no le resultan amenazantes desde su propio desconocimiento del riesgo o del peligro. Ellos ven, y por su modo de mirar y observar la realidad nos retrotraen a un tiempo y espacio otros, a una experiencia del mundo que hemos perdido en los trajines de la vida práctica, aunque siempre remembrable a través de la imaginación, de la apertura de la sensibilidad a una mirada

contemplativa y de carácter estético. Es un ver originalmente, o más bien, un ver de nuevo.

El filósofo chileno Luis Oyarzún (1920-1972), se refirió a la mirada adámica y a la necesidad del “retorno a las fuentes”, “para rescatar la vitalidad originaria, la osadía del espíritu que surge de un nuevo contacto con la tierra virgen, la reconquista de una ingenuidad primordial, de una candidez adámica para mirar las cosas”<sup>3</sup>.

Obra de la filosofía es, a su juicio, realizar un esfuerzo sistemático de purificación del espíritu, “para conquistar la capacidad de ver”, lo que implicaría, a mi parecer, una relación con el mundo que atiende más a la percepción sensible y emotiva y al nombre singular o nombre propio más que al concepto abstracto desprendido de la percepción. Luis Oyarzún era un gran admirador de Henri Bergson a quien dedicará algunas de sus páginas recogiendo determinados aspectos de su pensamiento. Nos interesa una cita saltada que hace de Bergson (*La risa; Los datos inmediatos de la conciencia*) en un ensayo referido a este filósofo, texto que alude al elogio de la visión artística en oposición a la pseudo-visión utilitaria de las cosas:

“Vivir consiste en actuar. Vivir, es no aceptar de los objetos sino la impresión útil, para responder a ella por reacciones apropiadas: las otras impresiones deben oscurecerse o no llegarnos sino confusamente. Miro y creo ver, escucho y creo oír, me estudio y creo leer en el fondo de mi corazón... Mis sentidos y mi conciencia no me entregan, pues, sino una simplificación práctica de la realidad... La individualidad de las cosas y de los seres se nos escapa cada vez que no nos es materialmente útil percibirla... En fin, para decirlo todo, no vemos a las cosas mismas. Las más de las veces nos limitamos a leer etiquetas pegadas sobre ellas... Y no son solamente los objetos externos, son también nuestros propios estados del alma los que se nos esconden en lo que tienen de íntimo, de personal, de originalmente vividos... Hasta en nosotros mismos lo individual se nos escapa... Vivimos en una zona medianera entre las cosas y nosotros, exteriormente a las cosas, exteriormente también a nosotros mismos. Pero, muy a lo lejos, por distracción, la naturaleza suscita almas más desasidas de la vida. No hablo de ese desasimiento voluntario, razonado, sistemático, que es obra de reflexión y de filosofía. Hablo de un desasimiento natural... que se manifiesta de inmediato por una manera virginal, en cierto modo, de ver, oír o de pensar”.

“Si este desasimiento fuera completo, si el alma no adhiriese ya a la acción por ninguna de sus percepciones..., percibiría todas las cosas en su pureza original, tanto las formas, los sonidos y los colores del mundo material como los más sutiles movimientos de la vida interior. Pero sería demasiado pedirle a la naturaleza...”<sup>4</sup>

Con un mayor desasimiento se encuentran en sus vidas niñas y niños y pueden ofrecernos esa relación de mayor originalidad con el mundo. Los poetas, los artistas, y quienes poseen una sensibilidad especial para la percepción de lo que se nos da, poseen esa cualidad del pensar imaginativo, cualidad de la infancia, siempre abierta. El mundo de las sombras, los reflejos, los brillos, los matices, como el de los sonidos, las texturas, los olores y los gustos, conforman un extraordinario universo que no podría permitir el aburrimiento ni siquiera la desazón. Y traigo en este punto a mi memoria el lúcido ensayo del filósofo chileno Humberto Giannini, quien analizara el pecado de la acedia (traducida modernamente como pereza) o el aburrimiento de las

---

<sup>3</sup> Luis Oyarzún, “La idea de inspiración en Bergson”, *Revista de Filosofía*, VI, N° 2 y 3, Santiago, 1959, p. 75. Los desarrollos que hago con relación al tema de la mirada y la capacidad de

ver, son parte de mi libro, *Tiempo y escritura. El Diario y los escritos autobiográficos de Luis Oyarzún*, pronto a publicarse.

<sup>4</sup> Luis Oyarzún, *op. cit.*, p. 76.

cosas, como el que se da en quien es incapaz de vincularse, de ser tocado por el mundo. Encerrado en un solipsismo, se impone la inmovilidad, ante la ausencia de planos y de profundidades que puede ofrecer el entorno cuando es visto. La tristeza, la melancolía, instaladas en el alma, ablandan la capacidad de dejar que las cosas nos toquen, hacen al alma más opaca, y pueden amenazar la vinculación con el mundo. No parece ser la experiencia general de los niños y las niñas, cuya abundancia es la entrega y la disposición curiosa para que todo se haga próximo y cercano.

### **Tercer acercamiento: experiencias de creatividad reflexiva**

Si la sensualidad es una potencia de enorme vigor en las niñas y niños, los procesos de aprendizaje diseñados por los adultos requerirían no olvidarla y deberíamos, como adultos, intentar seguirlos en su capacidad de mirar, observar y comprender, por ejemplo, cómo el color de una cortina pinta la pared de enfrente, o cómo la sombra de un objeto tiene su propia materialidad.

Una de las experiencias que es posible hacer con las niñas y niños es hacerlos observar sus propias sombras y la relación que los cuerpos y los objetos circundantes tienen con la luz y los efectos de la luz sobre ellos. La observación de las figuras que las sombras cobran en el desplazamiento de los cuerpos o el impacto de la luz en ellos hacen, de la luminosidad y la “sombritud” caminos para apreciar que las cosas también se constituyen a partir de sus sombras. Jugar con las sombras es introducirse a un mundo donde no sólo se las observa y explora, sino donde también se puede crear con ellas e intentar comprenderlas. El habla infantil ha dicho de la sombra que es “liviana y frágil”, “una parte de la noche, pero también del día”, “está hecha de aire oscuro y de cielo”, de “viento y de tierra”, “está ahí, pero no la puedes tocar”, “es muy fuerte, resiste aunque tú la golpees con una puerta grande”, “si le vacias un balde de agua, no se ahoga”, “es algo que llevamos dentro de nosotros y nos sale de los pies”, “es una cosa que el sol hace nacer en la mañana y morir en la noche”<sup>5</sup>. Campo de misterios desde tiempos remotos es el de las sombras que hace posible percibir las cosas desde una faz menos cosificada y más relacional. Zonas intermedias de la experiencia, afín al pensamiento analógico y metaforizante que transita por lo fronterizo y la ambivalencia de las cosas.

Tomemos ahora en cuenta las manos que producen las transformaciones de las materias, que dejan en ellas impresiones o huellas de imaginación pensante. Las manos revelan que con el cuerpo también se da una suerte de pensamiento. En el despliegue de los movimientos corporales, en su versatilidad y plasticidad el cuerpo da cuenta de que es reflexivo, en la medida que organiza su dinámica hacia fuera y hacia adentro. Las manos son un puente de sensibilidad táctil y de acción pensante muy poderoso con y sobre el mundo.

El pensamiento no se refiere solamente a los procesos mentales asociados a las capacidades cognitivas, sino también a las complejas relaciones de comunicación emotiva que se derivan de los enlazamientos entre nuestro cuerpo y su entorno. El pensamiento se relaciona con las afecciones y con las imágenes retenidas en nuestra mente producidas por esa conexión. De ese modo, podemos afirmar que el pensamiento está fuertemente vinculado al cuerpo y a su tono emotivo. Concebido así el pensar, los tonos afectivos y emocionales de nuestras experiencias cotidianas

---

<sup>5</sup> Decires de niños y niñas de los jardines de infancia de Reggio Emilia, transcritos en un catálogo de la exposición traída desde Italia a Chile hace unos años.

impregnan los múltiples pensamientos que emergen de modo permanente. Esta perspectiva cuestiona, obviamente, el dualismo cuerpo y mente o cuerpo y alma, y propone un punto de vista para reflexionar sobre las experiencias creativas que puedan surgir en la filosofía con niños y niñas. Recordemos que para Dewey, una experiencia es educativa cuando permite construir sobre ella otra experiencia que expande nuestras posibilidades, es decir, cuando es una experiencia creativa.

Uno podría preguntarse, frente a la riqueza perceptual, a la actitud de asombro y a las capacidades del pensamiento imaginativo que encontramos en la infancia, qué función puede cumplir la filosofía propiciada con niñas y niños. Si más bien parece que como adultos aprendemos de ellos, qué podemos ofrecerles, genuinamente hablando, en el espacio de la filosofía. Hay quienes responderán que se les ejercita en las habilidades de razonamiento, que se les ofrecen condiciones para la reflexión sobre criterios éticos, estéticos, políticos. Pero, podría ser que lo que más se pusiera en juego es el favorecer experiencias creativas, donde niñas y niños generan conceptos<sup>6</sup>, relaciones, comprensiones. Piensan desde sí mismos y con relación a unos otros a partir de un pretexto que pueda resultar significativo para ellos y que permita la interrogación para seguir pensando. Cada cosa ya pensada se convierte en un eslabón que cobrará un nuevo sentido a partir de otra cosa que es pensada, la que se pondrá en tensión hacia alguna otra que vendrá y será pensada.

En la práctica de Filosofía con niños y niñas, lo que más se prueba es la importancia de la pregunta como vía de producir la experiencia común de la apertura de nuestro lugar de reflexión. Bertrand Russell afirmaba que “La filosofía, si no puede contestar tantas preguntas como deseáramos, tiene al menos el poder de hacer preguntas que aumentan el interés del mundo, y muestra la extrañeza y el asombro que se esconden aun debajo de la superficie de las cosas más comunes de la vida diaria.”<sup>7</sup> Si con preguntas permitimos la profundización, relacionar unas cosas con otras, si a partir de preguntas observamos los matices, descubrimos alternativas de comprensión del mundo, y ello lo hacemos dentro de la comunidad de diálogo, estamos acogiendo la alteridad y recogiéndonos a nosotros mismos en un movimiento de despliegue de posibilidades de la imaginación pensante y del pensar imaginativo y oportunidades para el proceso de reflexión filosófica. Y a través de las palabras de un texto o de las imágenes gráficas que vemos, las que siempre contienen relatos aunque no vayan acompañadas de palabras, ampliamos el espectro de lo pensable y permitimos la exploración de las múltiples dimensiones con que se nos presenta el mundo, descubriéndolo, conociéndolo, inventándolo.

---

<sup>6</sup> Recordemos que para Deleuze, la filosofía es producción de conceptos y relaciones entre éstos.

<sup>7</sup> Bertrand Russell, *Los problemas de la filosofía*, citado por Alejandro Cerletti y Walter Kohan. *La filosofía en la escuela*, p. 97.